

José Murilo de Carvalho,
La formación de las almas. El imaginario de la República en el Brasil,
Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997, 215 páginas.

El fracaso de la República*

Quiero agradecer a la Universidad de Quilmes y a Carlos Altamirano el haberme invitado a compartir con ustedes la presentación de la versión en castellano del libro de José Murilo de Carvalho. Es, en primer lugar, una ocasión para celebrar, ya que no es frecuente que se publiquen en nuestro país escritos sobre historia, cultura, estudios sociales, producidos en el Brasil y traducidos del portugués. Es, también, una oportunidad para reflexionar sobre algunos temas centrales en la historia de nuestros países a partir de las originales preguntas, las hipótesis fuertes y los atractivos recorridos que nos propone el libro de Murilo de Carvalho.

“La batalla por el imaginario popular republicano”: tal es, en palabras de su autor, el tema central de esta obra. Si “la elaboración de un imaginario es parte integrante de la legitimación de cualquier régimen político”, ¿cómo procedió la República brasileña instaurada en 1889 para incidir sobre el imaginario social y cuáles fueron los resultados de ese proceso? Más que las ideologías o los proyectos que se pusieron en juego en la

transición del Imperio a la nueva república, a Murilo de Carvalho le interesan los símbolos y los mitos contruidos y utilizados por los republicanos y su recepción, aceptación o rechazo por parte del público, en suma, su eficacia política. Entre ellos, elige explorar los mitos del origen de la república y del héroe, la simbología de la figura femenina en las representaciones de la república, los símbolos nacionales contruidos por la bandera y el himno.

En conjunto, su tratamiento constituye el núcleo del libro, cuatro capítulos que son ensayos unidos por la misma pregunta y la misma mirada, y que van dando forma a una interpretación más general a la que me referiré luego. Este núcleo está ubicado entre un primer capítulo que presenta el contexto ideológico en el cual se desplegaban lo que el autor llama “las utopías republicanas”, y un último capítulo dedicado al grupo “mas activo y beligerante” en los intentos por lograr que el régimen republicano no fuera sólo aceptado sino también amado por el pueblo, los positivistas, una presencia que –además– atraviesa todo el texto.

Estamos frente a un

conjunto de tópicos propios de la renovada historia cultural, que aquí se combinan además con algunas de las preguntas que están en el centro de la historiografía política contemporánea. Como advertía Baczkó “en el corazón mismo del imaginario social, en particular con el advenimiento y el desarrollo del estado, se encuentra el problema del poder legítimo o, más bien, para ser más precisos, de las representaciones fundadoras de la legitimidad. Toda sociedad debe inventar e imaginar la legitimidad que le otorga al poder”.¹ En este caso, se trataba –como dijimos– de la implantación de la república, tema hoy central en la historiografía, que en los últimos años ha indagado sobre las propuestas, dificultades y contradicciones de ese proceso, en especial en América.

* Texto leído como presentación al libro de José Murilo de Carvalho en el marco de las actividades del Primer Encuentro de Centros de Historia Intelectual organizado en octubre de 1997 por el Programa de Historia Intelectual del Centro de Estudios e Investigaciones de la Universidad Nacional de Quilmes.

¹ Bronislaw Baczkó, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984, p. 28.

Fue Baczko también quien advirtió acerca de las dificultades de conceptualización y la “complejidad de los problemas” que presenta el estudio de los imaginarios sociales y la diversidad de direcciones que admite su abordaje, en particular si se adopta una perspectiva histórica.

Murilo de Carvalho resuelve de manera elegante a la vez que rigurosa la cuestión que tiene entre manos. Define su pregunta (sobre los intentos de creación de un imaginario social republicano y su eficacia), limita su objeto (los símbolos y mitos) y selecciona sus vías de aproximación (algunos mitos, algunos símbolos: los principales). Y recorre los caminos elegidos de manera muy original, pues se apoya sobre todo en representaciones literarias y plásticas, en materiales como caricaturas, estatuas, cuadros, historias, poemas..., para explorar tanto la construcción de una simbología como su recepción colectiva.

Recurre a la vez a la historiografía y a la historia francesas. La primera le provee formas de abordaje a través de la nutrida producción sobre mitos y símbolos de la Revolución y la república. La segunda, le inspira un contrapunto, en la medida en que el caso francés fue un modelo para los republicanos brasileños pero representa para el autor un ejemplo histórico radicalmente contrastante con el caso brasileño.

De todo ello resulta un texto ajustado, preciso, con una economía de recursos

heurísticos y de lenguaje que dan solidez al conjunto. Es un libro que no sólo apasiona sino que, además, convence. Quiero ahora referirme, precisamente, a sus hipótesis y conclusiones básicas y a los problemas más generales que ellas a la vez suponen y plantean.

Este libro es en realidad la historia de un fracaso. Busca demostrar que “las corrientes republicanas [...] no fueron capaces de crear un imaginario popular republicano”. Muestra, en primer lugar, que no se logró forjar un mito de origen y ello debido en buena medida a las contradicciones internas del movimiento que proclamó la república. Las disputas por el sentido del nuevo régimen atravesaron a los sectores militares y civiles que participaron del movimiento y generaron diversas versiones sobre la proclamación. En monumentos y cuadros, como en la vida política, distintas figuras competían por el protagonismo (los militares Deodoro y Floriano, los civiles Benjamin Constant –el brasileño, claro– y Quintino Bocaiuva, entre los principales), diferentes tendencias se cruzaban y superponían (jacobina, positivista, liberal). “El mito de origen quedó inconcluso, como inconclusa quedara la República”, concluye Murilo de Carvalho.

Esta dificultad se vincula con el segundo problema, el de la coronación de un héroe. Ninguno de los personajes conspicuos vinculados a la proclamación republicana logró alcanzar ese pedestal, que en cambio fue ocupado

por una figura que venía de mucho más atrás, de finales del siglo XVIII: Tiradentes, ejecutado por participar de una conjuración contra la corona. En un capítulo apasionante, Murilo recorre textos (relatos, poemas) e imágenes (cuadros, bustos) en dos direcciones, para ver cómo se fue construyendo su figura de héroe cívico y a la vez para desarmar esa construcción y buscar las razones de su éxito. Y en esa doble trama, las representaciones literarias y plásticas le devuelven una imagen de Tiradentes como Jesucristo, y de su muerte como el martirio y el sacrificio que llevan a la salvación. De allí, infiere el autor, el éxito de esa figura en la medida en que “todos podían identificarse en [ella]...: él realizaba la unidad mística de los ciudadanos, el sentimiento de participación, de unión en torno de un ideal, ya fuese la libertad, la independencia o la república. Era el totem cívico”. Pero hay algo más. Precisamente en el momento en que se afianzaba la República, sus mentores buscaron (y lograron) transformar a ese héroe que se había asociado tradicionalmente al republicanismo radical, para convertirlo en héroe nacional, que uniera al país “a través del espacio, del tiempo, de las clases”.

Mucho menos suerte tuvieron los republicanos en su intento por utilizar la alegoría femenina para representar a la República. En contraste con la difusión de ese tipo de simbología en Francia, en el Brasil los

esfuerzos iniciales realizados en esa dirección por algunos caricaturistas y más tarde por los pintores y escultores positivistas no alcanzaron. Muy pronto, la imagen femenina comenzó a usarse en sentido inverso, para ridiculizar a la república, mostrar sus vicios y deformaciones. Según Murilo, “esta alegoría fallaba por dos lados: el del significado, en el cual la República se mostró lejos de los sueños de sus idealizadores, y el del significante, en el cual no existía la mujer cívica, ni en la realidad ni en su representación artística”. Por lo tanto, la alegoría se disolvía o se fragmentaba.

La batalla por el himno y la bandera fue más intensa pero más corta que las anteriores. El relato de Murilo de Carvalho es aquí muy ágil. Narra la lucha de los diferentes sectores que se disputaban el sentido de la República por imponer sus símbolos. Los positivistas lograron finalmente incorporar su lema, “Orden y progreso”, a una bandera que sin embargo recuperó colores y formas de la tradición imperial. El himno, por su parte, unió una nueva letra republicana a la vieja y popular música del antiguo himno. Para el autor, fue “la única victoria popular en el nuevo régimen, obtenida a pesar de la dirigencia republicana”.

Esta frase se vincula con una hipótesis que atraviesa ésta y otras obras de Murilo de Carvalho. En sus palabras, la República brasileña “no poseía suficiente densidad popular para rehacer el

imaginario nacional. Sus raíces sólo estaban arraigadas en sectores limitados de la población, en las capas educadas y urbanas. El grueso de la población le era ajeno, si no hostil”. En su atractivo libro *Os bestializados. O Rio de Janeiro e a República que nao foi*, de 1987, el autor buscaba demostrar hasta qué punto la consolidación de la república había implicado la restricción de la participación popular en la vida política y cómo, al mismo tiempo, los sectores populares desarrollaron sus prácticas de acción al margen de las formas y las instituciones republicanas. En este nuevo libro, parte de esa constatación para preguntarse por los intentos de legitimación encarados por el nuevo régimen, y sobre todo por los positivistas, y encuentra una respuesta que refuerza su punto de partida: la ajenidad de la república. Aquellos intentos fracasaron, salvo “cuando [se] recurrió a tradiciones culturales más profundas...”, es decir, cuando se recurrió a la independencia, la religión o los símbolos monárquicos.

Para Murilo de Carvalho, existe una conexión directa entre los dos planos tratados en sus libros. Refiriéndose a las dificultades para crear un imaginario popular republicano dice: “El esfuerzo desplegado fue insuficiente para quebrar la barrera creada por la ausencia de intervención popular en la implantación del nuevo régimen. Sin raíces en la vivencia colectiva, la simbología republicana cayó en el vacío...”. Aún hoy,

termina, se manifiesta el carácter inconcluso de la República.

Como dijimos, los temas que aborda esta obra de manera tan original y contundente están hoy en el centro de la discusión sobre la constitución de los regímenes republicanos tempranos, desde la Francia revolucionaria a los Estados Unidos de la independencia y las antiguas colonias de España en América. En este último caso, los conflictos por la construcción de nuevas comunidades políticas y de nuevos regímenes basados en los principios republicanos atraviesan la historia del siglo XIX en toda Hispanoamérica. Es cierto que la instauración de la república en el Brasil es un proceso no sólo tardío para América –1889– sino que, a diferencia de lo ocurrido en la mayor parte de las ex colonias españolas, aparece separado por casi setenta años de la proclamación de la independencia, es decir, aparece desgajado de aquella lucha. Además, el Imperio no puede asimilarse al Antiguo Régimen vigente en las colonias españolas, ya que aquella monarquía era constitucional y estaba regida por instituciones propias de los sistemas políticos modernos. Pero en ambos casos –Brasil e Hispanoamérica– la pregunta por la participación popular en las nuevas repúblicas y por la construcción de imaginarios sociales que contribuyeran a legitimarlas resulta no sólo muy pertinente sino casi indispensable para entender cómo se consolidaron las modernas naciones. Para el

resto de los países de Iberoamérica, no hay trabajos que aborden la cuestión de manera tan sistemática y original como la obra de Murilo de Carvalho, pero el debate está en plena vigencia. En ese marco, me gustaría –para terminar– plantear algunas preguntas que este libro me provoca.

El régimen republicano fracasa en sus intentos por construir un imaginario social que lo legitime y de los símbolos y mitos que propone sólo logran arraigar aquellos que se conectan con alguna tradición o creencia popular anterior. La obra de Murilo de Carvalho pone el acento en el carácter cerrado y elitista de la dirigencia republicana, ella misma muy fragmentada, y en su incompetencia (o su desinterés) por sintonizar con las mayorías del pueblo brasileño. Frente a ello, de manera implícita, va dibujando la imagen de un pueblo con tradiciones, costumbres, creencias compartidas, muy acendradas y con fuerte predominio de los núcleos cristiano y monárquico.

Sin embargo, si miramos a otras zonas de América del Sur, encontramos que el

carácter cerrado y oligárquico de algunas repúblicas fundadas o refundadas a lo largo del siglo XIX no impidió que ideales y valores republicanos se difundieran en diferentes sectores de la población, y que sirvieran incluso para impugnar el gobierno de los poderosos. En Chile, Perú, Colombia y en nuestro propio país la simbología republicana arraigó en amplios grupos sociales, aunque también hubo resistencias en otros y un sincretismo de formas que asoma también en varios momentos de este libro, como el análisis del mito de Tiradentes o de la bandera.

¿Cuál era, entonces, el alcance de valores y principios republicanos entre grupos, sectores, capas de la población brasileña antes de la instauración del régimen? ¿Fueron la desilusión y el desencanto frente a la realidad de ese régimen los que, como parece insinuarse en varios lugares, reactivaron los núcleos tradicionales? ¿O fue el imaginario social creado durante el Imperio tan fuerte que resultó impermeable al republicanismo que surcaba América? Según el propio Murilo de Carvalho “si el

gobierno imperial contó con las simpatías populares [...] esto obedeció antes al simbolismo de la figura paterna del rey que a la participación real de esa población en la vida política del país”. Por lo tanto, ¿basta con la cerrazón del régimen y de las élites dirigentes republicanas para explicar el fracaso de esa simbología o su lugar subordinado en el imaginario social? Todas estas preocupaciones –y otras que no hay tiempo para desarrollar aquí– despierta este libro apasionante, cuya lectura resulta, sobre todo, un placer.

Para terminar, una palabra respecto de la cuidada edición de la Universidad de Quilmes: la traducción de Ada Solari es precisa, la reproducción de las imágenes está muy bien lograda y la impresión es prolija y clara. Tiene, además, una ventaja frente a la edición brasileña: las notas se incluyen a pie de página y no al final del texto, lo que por cierto facilita su lectura. En suma, el libro es también un objeto bello. Vale la pena.

Hilda Sabato
UBA/CONICET